EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

EL ÚLTIMO CLAVO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. R. LEOPOLDO PALOMINO DE GUZMAN.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ—CALVARIO, 18.
1875.

EL ÚLTIMO CLAVO.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elltimoclavocome00palo

EL ÚLTIMO CLAVO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. R. LEOPOLDO PALOMINO DE GUZMAN.

Estrenada con gran éxito en el Teatro de ESLAVA de Madrid en la noche del dia 3 de Mayo de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

714240

PERSONAJES.	ACTORES.
MERCEDES	D.ª Mercedes García.
TERESA	D.ª María Artiguez.
ANTONIO	D. Ramon Mariscal.
PEPITO, niño de ocho años	El niño Rafael P. Guzman.
DIEGO	D. José Mesejo.
ESPEJO, mueblista	D. Francisco Peluzzo.

La escena en casa de Antonio en Madrid. Contemporánea.

Entiéndase por derecha é izquierda las del actor.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL EXCMO. SR. D. JUAN MANUEL MARTINEZ.

....

.... ¡22 de Abril de 1875!

Su apasionado y su leal amigo,

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Represente un gabinete de paso modestamente amueblado, pero con elegancia. Á la derecha, en primer término, una mesa bufete con servicio de escribir útil, y sillon. Á la izquierda, segundo bastidor, un piano, otro mueble de lujo arrimado al muro, y sobre ella, colgado en la pared de un clavo visible, un cuadro al óleo con marco dorado y cuya pintura represente una Vírgen de Monserrate; consolas con espejos y flores al foro y sofá á la izquierda. Puerta al foro que viene de fuera de la casa, y teloncillo de gabinete ó corredor; puertas al lateral izquierda, que conducen á las habitaciones interiores, y balcon en el lateral de la derecha que da á la calle. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES y TERESA: la primera viste bata modestísima de casa; la segunda entra de la calle con una cesta en el brazo y un lío de ropa en la mano.

MERC. Y bien, Teresa, ¿qué hay?
TERESA. Nada.
MERC. ¡Nada!
TERESA. Nada, señorita.
Una á una he recorrido
de todas las prenderías

las casas que, por desgracia,
nos son ya tan conocidas,
y en ninguna me han tomado
estas cosas.

MERC. ¡Qué desdicha!

TERESA. Dice el uno que son viejas,
el otro que se apolillan
todas las prendas de lanas,
y los más hace ya dias
que á empeñar ropa se niegan
por no tener, y es la fija,
rincones donde ir guardando
tantísima trapería.

MERC. ¿Y qué hacemos hoy, Teresa?

TERESA. Yo le he cobrado á una amiga,
que desde el dia de Reyes
medio duro me debía,
una peseta, y con ella
he comprado tres pastillas
de chocolate, dos panes,
cada uno de media libra...

MERC. ¡Teresa! (Con ternura.)

TERESA. Para los niños
y para nosotras mismas,
ya tenemos desayuno.
Ademas una costilla
traigo para el señorito:
¡mírela usted qué fritita!

MERC. Eres un ángel, Teresa.

TERESA. ¡Un ángel! ¡Qué tontería!
¿Y por qué?

MERC. Porque tú haces
lo que ninguna otra haría.
Porque eres una criada
que dudo que igual exista;
que en vez de apurar al amo
con exigencias legítimas,
empeñas por él tus ropas,
le das tus economías,
partes con él sus miserias
y por él te sacrificas,
siendo en la casa en que sirves...

TERESA. ¡Señora! (Conmovida.)
MERC. El alma y la vida.
Que Dios y su santa Madre
te amparen y te bendigan.
TERESA. Está usté haciendo que llore
cuando alegre me sentía.
MERC. Y yo te envidio ese llanto
despues de tus alegrías,
que son de un alma muy noble
impresiones bien sentidas.
TERESA. Muy noble, sí; como todas.
¿Quién como yo no obraría?
¿Pues no es mi casa esta casa?
¿Pues no es esta mi familia?
¿Pues no he recibido de ella
diez años, dia por dia,
vestidos, pan y cuidados,
y cuanto se necesita
para vivir, y algo más,
puesto que sobras tenía?
Si á mí se me llama buena,
¿qué será la señorita,
que lo poco que hago aplaude
y lo mucho que hace olvida?
MERC. ¡Teresa!
TERESA. ¿Llora usted?
MERC. Lloro,
no sé por qué.
TERESA. No se aflija,
que quizás hoy mismo el amo,
á quien todo el mundo estima
por lo bueno y generoso,
recibirá la noticia
de que vuelve á su destino,
y volverán nuestras dichas.
MERC. Que Dios te escuche, Teresa,
que aunque ya tengo perdidas
parte de mis esperanzas
con tan larga cesantía,
la fe que tengo en la Vírgen
le da á las que restan vida.
TERESA. Una pregunta, señora.

MERC. Te escucho.
TERESA. ¿No se podría,
para salir del apuro,
algun mueble que no sirva
vender ó empeñar?
MERC. ¡Qué dices!
Calla, Teresa, y no sigas.
TERESA. Ya me callo.
MERC. Si algo suyo
quedára á tu señorita
por vender, para ir saliendo
de apuros, ¿piensas que indigna
consintiera que tus ropas
fuesen á la prendería,
ni que aceptára tampoco
tus pobres economías?
Esas camas y esas mesas,
esos espejos y sillas,
todos los muebles y trastos
que aquí y allá dentro miras,
no son ya nuestros, Teresa.
TERESA. ¡Jesús me valga!
MERC. Tres meses
hace ya que un prestamista
sobre ellos nos dió una suma,
con largo interés cedida,
y mañana, acaso hoy mismo,
nos dejen la casa limpia.
TERESA. ¿Conque nada es de usted?
MERC. Nada,
sin un milagro de arriba.
La Vírgen de Monserrate
de aquel clavo suspendida
nos queda solo, pues quise
por recuerdo de familia
salvarla de este naufragio
que mi alma presentía,
al hacerse la escritura
que hasta del lecho nos priva.
TERESA. Entiendo: y como esa Vírgen
no es cuadro de mucha estima,
el usurero tampoco

en prenda lo exigiría.

MERC. Yo no sé si esa pintura
es buena ó mala obra artística;
la guardo porque es la herencia
de mi suegra, que tenía
veneracion misteriosa
por esa imágen divina.

TERESA. Pues entónces que un milagro
haga la Vírgen santísima.

MERC. Sólo un milagro nos puede
salvar en nuestra agonía.

(Una voz dentro.)

VOZ. ¡Teresa!

TERESA. Creo que me llaman.

MERC. Sí, que te llama la niña.
Se ha despertado, sin duda
con hambre la pobrecita.
Corre, pues, y el chocolate
hazlo, Teresa, en seguida,
y á cada niño le pones
su pan y su jicarita.

VOZ. ¡Mamá! ¡Teresa!

TERESA. Ya voy.

MERC. Corre por Dios.

TERESA. Tiene prisa.

MERC. ¡Cenó la nena tan poco!

TERESA. Eso es verdad, ¡pobrecilla!
Como es tan gloton Pepito
y tan tontuela la chica,
anoche, como otras veces,
mientras ella presumida
cantaba no sé qué coplas
de *Barba Azul*, él reía
y aplaudiéndole la gracia
le birlaba la tortilla.

MERC. Pues bien, anda.

TERESA. Voy corriendo.

MERC. Ya está la lumbre encendida.

TERESA. En un santiamen...

MERC. No tardes.

TERESA. Que le guardo á usted su jícara.

(Teresa se va dentro, llevándose la cesta y el lío,

que coloca en la mesa bufete á su llegada.)

ESCENA II.

MERCEDES sola, que apenas desaparece Teresa, atraviesa rápida la escena, deteniéndose delante del cuadro de la Vírgen.

¡Vírgen de Monserrate!
¡Madre querida!
¡reina de cielo y tierra,
luz y alegría;
mi voz te llama,
pidiéndote consuelo
para mi alma.
¡Tú que de mis amores
fuíste testigo;
que á mis pobres hijuelos
nacer has visto;
tú tan piadosa,
tú no puedes negarme
misericordia!
Yo de tí no demando
comodidades,
ni lujos ni riquezas
te pido ¡oh, Madre!
Tan sólo quiero,
para mis pobres hijos
un pan y un lecho.
Por ellos y mi esposo
mi voz te implora;
tú tambien fuíste madre,
tambien esposa.
¡Madre afligida,
tú comprendes el llanto
del alma mia!
Por los mismos dolores
que tú sufriste,
por las penas y angustias
que padeciste,
mi voz te implora;
¡misericordia ¡oh Madre!

misericordia!

(La actriz se queda reclinada sobre la consola, llorando.)

ESCENA III.

MERCEDES y ANTONIO, aparece en el foro.

ANTONIO. Allí está. ¡Mercedes mia! (Llegando hasta ella.)
MERC. ¡Antonio! (Levantándose rápidamente.)
ANTONIO. Siempre llorando.
MERC. ¿Quién, yo? si estaba buscando...
ANTONIO. No mientas.
MERC. Pues si reía. (Hace por sonseir.)
ANTONIO. ¿Reir y ocultar no puedes
el llanto que viertes, di?
MERC. No me hables, Antonio, así,
que me haces llorar.
ANTONIO. Mercedes,
déjate ya de ficcion
y tus lágrimas no escondas,
que más el dolor ahondas.
que siento en el corazon.
Tú sufres y sufres mucho,
y ya es en vano fingir;
esto no puede seguir,
Mercedes.
MERC. ¡Cielos! Te escucho
con asombro, Antonio mio.
¿Qué hago yo que te dé enojos?
ANTONIO. Llorar siempre, y de tus ojos
el llanto me acusa impío.
MERC. ¡Acusarte con mi lloro
cuando eres tú mi alegría;
cuando por tu bien daría
mis hijos, que tanto adoro!
ANTONIO. Pues eso que me confiesa
tu alma noble en su dolor,
es el martirio mayor
que sobre mi frente pesa.
Al recibir una esposa
de tu preclaro linaje,
yo sé el deber que contraje

contigo tan virtuosa.
Por eso sufre tu Antonio
las lágrimas que tú lloras,
y porque sé que me adoras
no rompo mi matrimonio,
dejándote en libertad
de regresar á tus lares,
donde cambies tus pesares
por nueva felicidad.

MERC. ¡Calla por Dios, no prosigas,
que me estás partiendo el alma!

ANTONIO. Pero Mercedes ..

MERC. Ten calma
y esas cosas no me digas.
Cuando me unió el sacramento,
yo juré seguir tu suerte
buena ó mala hasta la muerte,
y cumplo mi juramento.

ANTONIO. Pero yo...

MERC. Tú te obligaste,
como todo esposo honrado,
á lo que no has olvidado,
á lo que nunca faltaste;
que no hay en tí culpa alguna,
que eres activo sin tasa,
porque hoy suframos en casa
un revés de la fortuna.
Hasta hoy hemos tenido
que comer, gracias al cielo;
esto, Antonio, es un consuelo
para tí que lo has traido.

ANTONIO. Empeñando cuanto había.

MERC. Has hecho hoy cuanto puedes.

ANTONIO. ¿Pero y mañana, Mercedes?

MERC. ¡Ah! mañana en Dios confía.

ANTONIO. En Dios, en Dios solo, sí;
no en los hombres, no en los hombres:
sabe, por más que te asombres,
que todos huyen de mí.

MERC. ¡Antonio!

ANTONIO. Sí, esposa amada,
este es el mundo villano;

nadie me otorga la mano
desde que no tengo nada.
Ni el amigo á quien acudo
y á quien hice mil favores,
al conocer mis dolores
me repite su saludo.
Teme quizás que le pida
lo que le dí generoso,
y ya ingrato, ya orgulloso,
me desconoce y olvida.
Y no me llego anhelante
en este apuro á una puerta
que encuentre para mí abierta,
que álguien me diga: adelante.
Dime, pues, con tu razon,
tú que mis penas alcanzas,
si puede haber esperanzas
en mi triste corazon.

MERC. Pues Antonio, hay que esperar
con la fe de alma piadosa:
por tus hijos y tu esposa
preciso es perseverar.
Si en tu cruento camino
hoy tu brazo no ha encontrado
un amigo, un hombre honrado
que te ayude en tu destino,
no por eso desesperes:
mañana mismo, quizás,
algun ángel hallarás
que alivie tus padeceres.

ANTONIO. Dios te escuche y nos dé ayuda
en nuestra triste existencia.

MERC. Si Dios es la Providencia
nos la dará, ¡quién lo duda?

ANTONIO. ¿Pero cuándo?

MERC. Él solo sabe
cuándo ha de dar la que tiene:
Él la da cuando conviene
que el sufrimiento se acabe.

ANTONIO. Pues ya nos urge su amparo,
Mercedes.

MERC. Escucha en gracia.

ANTOTIO. Habla.
MERC. ¿Sabe tu desgracia
el conde de Monte-Claro?
ANTONIO. No la sabe.
MERC. Escucha.
ANTONIO. Escucho.
MERC. El conde es un buen amigo,
que siempre ha sido contigo
franco y cariñoso.
ANTONIO. Mucho;
y yo le he servido en todo
aquello en que me ha ocupado.
MERC. Así te estará obligado,
y conviene de este modo
mejor á mi pensamiento.
Sentado aquí en tu bufete,
vas á escribirle un billete
en este mismo momento.
ANTONIO. ¿Para recordarle, acaso,
los servicios que le hice?
Jamás.
MERC. Pero ¿quién tal dice?
Eso fuera un torpe paso.
ANTONIO. Entónces...
MERC. Para decirle
el estado en que te ves,
y sin orgullo despues
una limosna pedirle.
ANTONIO. ¡Mercedes!
MERC. Mal que te cuadre
hay que no ser orgulloso:
esto se pide al esposo,
esto se le exige al padre.
Tus hijos me piden pan,
Antonio, y ya no hay de dónde;
no hay más que escribir al conde
y que Dios premie tu afan.
ANTONIO. ¡Señor!
MERC. Tú eres bueno; escribe.
ANTONIO. Pero...
MERC. Escribe
ANTONIO. Escribiré.

MERC. Yo en tanto prapararé
tu desayuno, y recibe,
que sólo estamos los dos,
el abrazo que te obliga. (Se abrazan.)
ANTONIO. Anda y que Dios te bendiga.
MERC. Anda y que te inspire Dios.
(Entra Mercedes.)

ESCENA IV.

ANTONIO, solo, meditando.

ANTONIO. ¿Y cómo escribir, Dios santo,
una carta de esta forma?
¿Cuál es del pobre la norma
para expresar el quebranto?
¿Cómo se describe el llanto
del corazon oprimido
de un padre, que no ha podido
en tan tristes desconsuelos,
traer para sus hijuelos
ni aun el pan apetecido?
Yo no sé cómo se escribe
lo que ella escribir me manda;
no sé cómo se demanda
ni sé cómo se recibe.
Ella que pedir concibe
venga á enseñarme á pedir.
(Llamando.) ¡Mercedes!—No hay que decir
que cosa extraña le exijo.
PEPE. (Dentro.) Papá, papá! (Sale.)
ANTONIO. ¡Cielos! ¡mi hijo!
Ya sé lo que he de escribir.
(Se sienta apresuradamente á escribir.)

ESCENA V.

ANTONIO, en el bufete escribiendo, y PEPITO, modesta pero limpiamente vestido.

ANTONIO. Adios, Pepe.

PEPE. (Ap.) (¡Y no me besa!)
¿Estás ocupado?
ANTONIO. Un poco;
escribo unas cuatro letras.
PEPE. Despues me darás un beso.
ANTONIO. ¿Uno solo? Cuantos quieras;
pero ahora no me distraigas,
que esta carta me interesa.
PEPE. ¿Te valdrá dinero?
ANTONIO. Puede.
PEPE. Entónces habrá chuletas,
y pasteles y rosquillas.
ANTONIO. ¿Aún no te ha dado Teresa
de almorzar?
PEPE. Sí; chocolate
en una taza pequeña;
pero ¡tan claro!
ANTONIO. (¡Dios mio!)
PEPE. Ahora lo toma la nena.
ANTONIO. Pues cuando acabe esta carta
vendrás conmigo á la mesa
y te daré de mi almuerzo,
y le daré á mi Carmela.
PEPE. ¿Y si mamá se incomoda?
ANTONIO. Nos ocultaremos de ella.
PEPE. Entónces bueno.
ANTONIO. Ya acabo.
PEPE. Anda pronto.
ANTONIO. Ten paciencia,
que los niños exigentes
un alma altiva revelan. (Sale Mercedes.)

ESCENA VI.

DICHOS, MERCEDES.

MERC. ¿Me llamabas?
ANTONIO. Sí, Mercedes.
(Se levanta con la carta.)
Ya escribí la carta.
MERC. Venga, (La toma.)
y en este mismo momento.

irá á su destino.

ANTONIO. Sea.

MERC. En tanto, querido Antonio,
recibimos la respuesta,
entra á almorzar.

ANTONIO. Ven, Pepito. (Se vá dentro.)

PEPE. ¿Voy, mamá?

MERC. Sí, mas prudencia.
Que no vayas como sueles,
lo mismo tú que la nena,
á dejar hoy á tu padre
sin almorzar.

PEPE. No lo creas,
si él me da sin que le pida.

MERC. (Ap.) (¡Pobrecillo!)

PEPE. ¿Voy?

MERC. ¿Qué esperas?

PEPE. Que me dés un beso.

MERC. Toma, (Lo besa.)
y otro más para Carmela. (Váse Pepe.)

ESCENA VII.

MERCEDES, sola, con la carta escrita por Antonio.

MERC. ¡La carta! ¡qué buen esposo!
De intento la dejó abierta,
sin duda por si quería
mi curiosidad leerla.
Quiero llegar hasta el fondo
de sus dolores y penas;
quiero aspirar el quebranto
de un alma noble y soberbia,
que se humilla generosa
por su propia fortaleza.
Veamos, pues, lo que escribe,
si el dolor verlo me deja.
(Leyendo.) «Señor conde, amigo mio,
»mi suerte se cambia adversa:
»la fortuna me abandona,
»la mano de Dios me deja.
»El que me colmó de bienes,

»que me dió una esposa tierna,
»y una prole tan querida,
»y una dicha tan completa,
»hoy me arroja en el abismo
»sin fondo de la miseria:
»que su voluntad se cumpla
»y glorificado sea.»
(Recitando.) ¡Cuántas angustias me causan
estas tristísimas letras!
No es David que al caer llora,
es Job que sufre y espera.
(Leyendo.) «Mis hijos gritan endebles,
»mi esposa calla de penas,
»yo busco á mi mal remedio
»y no lo encuentro en la tierra.
»Usté, señor conde, es franco,
»de Dios el favor conserva,
»y yo en Dios únicamente
»tengo mi esperanza puesta.
»Si en la semana que corre,
»y en que la Iglesia recuerda
»la pasion de Jesucristo
»que á la caridad nos lleva,
»tiene usted, tan buen cristiano,
»alguna suma dispuesta
»para socorrer al pobre
»que cual yo llama á su puerta,
»no le niegue usté al amigo
»lo que al pobre no le niega.»
(Recitando.) ¡Oh cielos! estos renglones
son espinas que envenenan.
¡Pobre Antonio si su amigo
estas palabras desprecia!
Mas no será, no es posible.
El conde es bueno.—¡Teresa! (Llamando.)
Sal en seguida.

TERESA. (Dentro.) Ya voy.

MERC. La cierro y confio en ella. (Sale Teresa.)

ESCENA VIII.

MERCEDES y TERESA.

TERESA. ¿Qué quiere usted, señorita?
MERC. Esta carta al punto lleva
al conde de Monte-Claro,
y en su mano se la entregas.
TERESA. Ya sé quién es ese conde,
si es el que vive á la vuelta.
MERC. El mismo. En su mano, ¿entiendes?
TERESA. Entiendo. ¿Y habrá respuesta?
MERC. Él te lo dirá. (Le da la carta.)
TERESA Corriente,
y voy volando.
MERC. Sí, vuela.
(Sale Teresa por el foro.)

ESCENA IX.

MERCEDES, sola, dirigiendo su vista al interior de la casa, donde debe estar Antonio.

Almuerza con sus dos hijos;
es decir, hace que almuerza,
que son ellos los que comen
mientras él los mira y piensa.
¡Pobre Antonio! ¡cuánto sufre!
Ni él mismo se dará cuenta
de su situacion horrible
y de su desgracia inmensa.
Y gracias que yo le oculto
la mitad de las miserias
de la casa... Siento pasos.
(Aparece el portero en la puerta del foro.)
DIEGO. Muy buenos dias.
MERC. ¿Quién llega?
(Baja el portero.)

ESCENA X.

MERCEDES y DIEGO EL PORTERO, que sea tipo.

DIEGO. Soy yo, señora.
MERC. Adelante.
DIEGO. Con su permiso. Pues vengo
porque hoy el mes se termina,
y me ha dejado el casero
el recibo para el cobro;
y aquí lo traigo.
MERC. Comprendo.
DIEGO. Yo, como me mandan, claro,
¿qué he de hacer? soy el portero:
subir, pues...
(Mercedes mira impaciente dentro.)
MERC. Sí, comprendido.
DIEGO. Corriente, y aquí lo tengo.
MERC. Hable usted más bajo.
DIEGO. (Receloso.) ¿Cómo,
hay en casa algun enfermo?
MERC. No señor; pero mi esposo...
DIEGO. Pues ántes lo he visto bueno.
MERC. Si lo está; mas no ha dormido
nada anoche, y há un momento
que se recogió.
DIEGO. ¿De veras?
Pues se ha levantado.
(Aparece Antonio en la puerta.)
MERC. ¡Cielos!

ESCENA XI.

MERCEDES, DIEGO y ANTONIO, que se coloca entre los dos.

ANTONIO. ¿Qué pasa, Mercedes?
MERC. Nada;
es nuestro vecino; es Diego
que ha subido...
DIEGO. Pues... que traigo
el recibo del arriendo

del cuarto.

MERC. Y yo le decía
que te lo subiese luego.

DIEGO. Lo pensó usté, señorita,
pero no lo dijo.

MERC. Es cierto;
mas decírselo pensaba,
que es igual.

DIEGO. No por mi abuelo;
que no es igual, moros vienen,
señora, que moros veo.

ANTONIO. No nos hable usted de moros,
que somos cristianos viejos;
y con respecto al recibo
que le ha entregado su dueño,
súbalo usted esta tarde
y se llevará el dinero.
Hoy tengo pagado el dia
y hasta mañana no debo.

DIEGO. Corriente, señor, corriente,
no se enfade usted por eso.
Yo subo cuando me mandan
con mis deberes cumpliendo;
si me pagan cobro y callo,
si no me retiro y vuelvo
cuando me dicen que vuelva,
y mientras...

MERC. (Ap.) (¡Qué majadero!)

DIEGO. Abajo en mi portería...

ANTONIO. Permanece usted tan fresco.

DIEGO. Fresco no, que la sobrina
me tiene abajo un buen fuego,
y con ella...

ANTONIO. Y con un trago...

DIEGO. Me aplastó.

ANTONIO. Se pasa el tiempo.

DIEGO. Vaya, salud.

ANTONIO. Pues lo dicho
y hasta más ver.

MERC. Hasta luégo.

DIEGO. (Ap.) (El chinchon de la Ruperta
tiene tan bravo el aliento...)

Pero ¡Jesús! me olvidaba
de lo principal.

ANTONIO. ¿Qué es ello?

DIEGO. Que por usted preguntando
llegó hace poco un sujeto,
que abajo espera sus órdenes
para subir. Es Espejo,
el del almacen de muebles;
un prestamista... un logrero.
(Todo esto lo dice Diego con mucha intencion.)

MERC. (¡Esto más!)

ANTONIO. Ya le conozco.

DIEGO. Que presta al ciento por ciento.

ANTONIO. Pues dígale usted que suba,
que le aguardo.

DIEGO. Voy corriendo. (Váse Diego.

ESCENA XII.

MERCEDES y ANTONIO.

ANTONIO. Ya lo ves, esposa mia;
contra mí todo el infierno
se conjura.

MERC. Espera, Antonio.

ANTONIO. Ya verás que no hay remedio;
que es necesario en seguida
tomar un camino extremo:
hacer el gran sacrificio
que bulle en mi pensamiento.

MERC. (Alarmada.) ¿Qué extremo es ese? responde,
confíame tu secreto,
que serán horas terribles
las que yo tarde en saberlo.

ANTONIO. Si el conde de Monte-Claro
no responde al llamamiento,
que á su amistad y franqueza
le hice por tu consejo,
mi plan te diré, Mercedes;
entre tanto lo reservo
de mí propio.

MERC. Pero...

ANTONIO. Calla,
que entra el mueblista.
MERC. Obedezco;
y mientras tú lo despides
me voy con los chicos dentro.
(Váse Mercedes.)

ESCENA XIII.

ANTONIO y ESPEJO el mueblista. Tipo.

ESPEJO. ¿Hay permiso?
ANTONIO. Sí, adelante.
ESPEJO. Saludo á usted.
ANTONIO. Tome asiento.
ESPEJO. (Ap.) (Está en su lugar el cuadro:
hoy de fijo me lo llevo.)
Le extrañará mi visita.
ANTONIO. No, la esperaba.
ESPEJO. Me alegro.
Con licencia.
(Se sienta en la silla que le ofrece Antonio.)
ANTONIO. Usté la tiene.
ESPEJO. Pues venía...
ANTONIO. Lo sospecho;
á recordarme que hoy cumple
el que le hice, documento
de retroventa, há tres meses.
ESPEJO. Cabal.
ANTONIO. Me dió usted cien pesos,
y yo le empeñé en fianza
el mobiliario completo
de mi casa, que bien vale,
mal apreciado, trescientos.
ESPEJO. No lo negaré, mas...
ANTONIO. Basta;
estuvo usté en su derecho,
y de usted serán los muebles
si no le doy su dinero.
ESPEJO. Pues usted dirá.
ANTONIO. Yo digo
que hasta mañana, aún es tiempo.

Si hoy no le mando esa suma,
mañana será usted dueño...

ESPEJO. De todo lo que aquí existe.

ANTONIO. De todo, no.

ESPEJO. ¿Cómo es eso?
Aquí traigo el inventario,
y si usted no, yo recuerdo
que todos los muebles, todos,
de la casa se incluyeron.

ANTONIO. Con excepcion de ese cuadro...
(Señala al de la Vírgen.)

ESPEJO. (Ap.) (Me pescó.)

ANTONIO. Que por respetos
á mi madre y á mi esposa,
quise salvar de este empeño.

ESPEJO. Es verdad lo que usted dice:
y ahora se me ocurre un medio
de que salga usted de apuros
sin un sacrificio inmenso,
como es quedarse sin casa
y en el rigor del invierno.

ANTONIO. Hable usted.

ESPEJO. ¿Me da usté el cuadro
en cambio del documento?

ANTONIO. No señor. (Secamente.)

ESPEJO. Usted me ha dicho,
y yo en su palabra creo,
que todos sus muebles valen
trescientos duros lo ménos.

ANTONIO. ¿Y bien, qué?

ESPEJO. Si hoy no me paga...

ANTONIO. Serán de usted.

ESPEJO. Pues entiendo
que dándole esta fianza
trescientos duros le entrego.

ANTONIO. De los cuales tomé solo
cincuenta, aunque firmé ciento.

ESPEJO. El negocio es el negocio.

ANTONIO. Mas fué un negocio funesto.

ESPEJO. Ahora con el cuadro puede
enmendarlo en su provecho.
Yo tengo por él capricho

y lo pago y no me quejo.

ANTONIO. Ignoro de esa pintura
el valor exacto; pero
mientras que tenga esperanza
de pagar hoy lo que debo,
mientras mañana no llegue,
no la vendo, no la vendo.

ESPEJO. Pues corriente.

ANTONIO. Si mañana
me decido...

ESPEJO. Esperaremos.
Entre tanto le aseguro
que se la pago á buen precio,
por no cargar con los muebles,
ni exponer á quien profeso
buena amistad, á tan grave
disgusto.

ANTONIO. Gracias.

ESPEJO. Recuerdos
á la señora, y lo dicho.

ANTONIO. Adios, adios.

ESPEJO. (Ap., mirando al cuadro.) (Me lo llevo.)
(Váse Espejo.)

ESCENA XIV.

ANTONIO y MERCEDES, que se presenta al primer llamamiento de aquel.

ANTONIO. ¡Mercedes! (¡Trescientos duros!)

MERC. ¿Se fué ese hombre?

ANTONIO. Se fué,
y me ha dado un medio que
puede sacarme de apuros.

MERC. ¿Un medio? ¿Será otra usura
lo que hacer contigo intenta?

ANTONIO. Me ha propuesto...

MERC. ¿Qué?

ANTONIO. La venta,
Mercedes, de esa pintura. (La Vírgen.)

MERC. ¿De la Vírgen?

ANTONIO. No hay remedio.

Si el conde de Monte-Claro
no me concede el amparo
que le pido, este es el medio
único ya, no te asombre,
que tengo para pagar,
y nuestros muebles salvar
de las manos de ese hombre.

MERC. ¡Vender el último clavo
que nos quedaba!

ANTONIO. ¿Y qué hacer?
Siempre el hombre viene á ser
de su impotencia el esclavo.

MERC. Ese lienzo es un recuerdo
que tu madre me legó;
ella al morir me lo dió
diciéndome, bien me acuerdo:
«si alguna vez te conviene
»venderlo, por suerte impía,
»conserva en memoria mia
»el marco que lo contiene.»

ANTONIO. Pues bien, Mercedes; si el conde
nos falta, que es lo seguro,
hoy mismo, yo te lo juro,
otra imágen, que sé dónde
se encuentran de ese tamaño,
compro por una bicoca,
y en el marco se coloca,
sin que haya por esto daño
de mi madre en la porfía,
y mi fe te lo asegura;
que no era, no, la pintura,
era el marco su manía.

MERC. ¿El marco?

ANTONIO. El marco.

MERC. ¿Y por qué?

ANTONIO. Pasó en mi infancia la historia,
mas la tengo en la memoria
y yo te la contaré.
Fué á Roma una vez mi padre,
yo no sé por qué diploma,
y cuando volvió de Roma,
lo primero que á mi madre,

que era celosa á rabiar,
le ofreció con alegría,
fué una Venus que nacía
de las espumas del mar.
Mi madre vió la pintura
en un principio admirada,
por el Veronés creada
tan peregrina hermosura.
Fijóse en ella despues
celosa, y maldice á Roma,
pues por un retrato toma
el lienzo del Veronés.
Y en vano fué para ella
desde entónces, que su esposo
se mostrára codicioso
de salvar obra tan bella;
ántes por su mismo empeño
la píntura condenó,
que al fin desapareció
en cuanto murió su dueño;
viniendo el marco á ocupar
que aquella Venus tenía,
esa imágen de María,
que es un lienzo regular.

MERC. ¿Pues qué, Antonio, era mejor
como obra artística aquella?

ANTONIO. Diez mil duros dió por ella
mi padre, sí.

MERC. ¡Qué dolor!
¿Y se perdió?

ANTONIO. No lo sé;
ella la olvidó y yo en parte;
de aquel tesoro del arte
nunca á mi madre le hablé.
Por esa imágen quizás
entónces lo cambiaría;
acaso lo quemaría:
yo de él no supe jamás.
Pero el tiempo se nos pasa
y hoy perderlo no conviene.
¡Teresa!...

MERC. Veré. Ya viene. (En el balcon.)

¡Si lo dije! Ya entra en casa.

ANTONIO. Pronto saldremos de afan
tan doloroso los dos.

MERC. Háyala inspirado Dios
la respuesta que nos dan.

ESCENA XV.

LOS MISMOS y TERESA, con una tarjeta.

TERESA. Aquí estoy yo.

MERC. Ya era tiempo.

TERESA. Pues no soy yo la culpable.

ANTONIO. Cuenta, pues. ¿Estaba el conde?
¿lo has visto? ¿te habló? no calles,
y responde á mis preguntas
si no quieres que me enfade.

TERESA. Hablar quiero, señorito,
mas como usted...

MERC. Adelante.

TERESA. Me recibió el señor conde
muy risueño y muy amable,
y me preguntó por todos
con un interés muy grande.
Despues le entregué la carta,
y despues...

ANTONIO. ¿Despues? no pares.

TERESA. Que la leyó muy despacio
deletreando sus frases,
se la entregó á un caballero
que estaba con él, y grave,
hácia mí volviendo el rostro,
me habló con este lenguaje.
«Dígale usté á Montesino
»que siento mucho sus males,
»pero que son de tal suerte
»que no los remedia nadie.»

MERC. ¡Dios mio! (Con angustia.)

ANTONIO. (Con sarcasmo.) Sigue, Teresa.

TERESA. «Mis compromisos, añade,
»con las damas que en los templos,
»y en estas solemnidades,

»para los pobres demandan
»limosnas, hoy me retraen,
»y siéntolo por su amo,
»de socorros personales.»

MERC. ¡Jesús!

ANTONIO. Bien dicho.

MERC. ¡Qué infamia!

ANTONIO. ¡Vanidad de vanidades!
Da en el templo una moneda
porque la pide un cofrade
que es título, y que se viste
de sedas y de brillantes;
pero se la niega al pobre
que la pide miserable,
aunque sepa que sus hijos
se están muriendo de hambre.
Este nuevo desengaño
no altera en nada mi sangre;
yo lo esperaba del conde:
¡le hice servicios tan grandes!

TERESA. Me despidió en el momento,
y yo me marché al instante
sin decirle una palabra,
cuando al salir á la calle
volviendo la cara atrás,
noté, que aquel personaje
que estaba allí con el conde,
venía dándome alcance.
Me paro; llega hasta mí,
y sacando luégo un lápiz,
escribe no sé qué cosa
en esta tarjeta.

ANTONIO. Trae.

TERESA. Y se marchó sin decirme
siquiera, que Dios te guarde.

MERC. ¿Será esa tarjeta, Antonio,
una ofensa, un nuevo ultraje?

ANTONIO. Apuremos hasta el fondo
las heces de nuestro cáliz.
(Teresa se va dentro.)

ESCENA XVI.

MERCEDES y ANTONIO, leyendo los cuatro primeros versos en la tarjeta.

ANTONIO. «Mi bolsillo, mesa y casa
»ofrezco, con mi destino,
»al señor de Montesino:
»el marqués de Villarasa.»
¡Villarasa! ¿Qué leí?
MERC. Yo no conozco ese nombre.
ANTONIO. ¡Es el del único hombre
que yo en el mundo ofendí!
MERC. Y él hoy te ofrece ..
ANTONIO. ¡Maldigo
á una sociedad tan rara,
que al amigo desampara
y protege al enemigo!
MERC. Pues ésta es una leccion,
Antonio, que te da el cielo.
ANTONIO. Y es el mayor desconsuelo
en mi triste situacion.
MERC. Eso es que Dios te castiga
hoy en tu propia conciencia.
ANTONIO. Pues mata la penitencia
á que mi culpa me obliga.
Y, ya lo ves, no hay remedio,
ese cuadro hay que vender.
MERC. Ántes quisiera saber,
te lo ruego, el otro medio.
ANTONIO. Pues bien, yo te lo confío.
En mi dolor he pensado
venderme, hoy mismo, soldado
para Ultramar.
MERC. (En el mayor desconsuelo.) ¡Oh, Dios mio!
(Llamando.) ¡Teresa! ¡Teresa! ven.
ANTONIO. Sé que tu pecho taladro.
MERC. ¡Véndase primero el cuadro
una vez, ó veinte ó cien!
(Corre á la puerta de la izquierda.)
¡Trae un martillo en seguida!

(La actriz, despues de tomar el martillo á Teresa, rápidamente se vuelve, toma una silla y la coloca al pie del piano, obligando á su esposo á subir en ella, á tiempo que sale Teresa con el martillo.)

Tú, sube aquí.

ANTONIO. Yo quisiera..

MERC. Ni una palabra siquiera:
¿quieres quitarme la vida? (Sale Teresa.)

ESCENA XVII.

ANTONIO, MERCEDES y TERESA, que sale precipitada con el martillo, que Mercedes entrega á Antonio.

MERC. Toma, y trabaja afanoso.
Acaba pronto.

ANTONIO. Ya acabo.

MERC. ¡Véndase el último clavo,
pero sálvese mi esposo!

ANTONIO. Aquí está.

(Despues de arrancar el clavo Antonio, descuelga y baja el cuadro, que coloca sobre el bufete.)

MERC. ¡Cosa más rara!
Estoy alegre. Teresa,
ven, y aquí, sobre la mesa,
del marco el lienzo separa.

(Mientras Teresa, ayudándose con el martillo separa el lienzo del marco, Mercedes y Antonio hablan en el proscenio.)

Por supuesto, Antonio mio,
que nunca, nunca jamás,
un pensamiento tendrás
como el que tuviste, impío.

ANTONIO. Por mi amor yo te lo juro.

TERESA. ¡Cuánto clavo el marco tiene!

ANTONIO. Vende el cuadro, pues conviene,
y la estampa de seguro
que la traerás?

ANTONIO. ¿Cómo no?

TERESA. ¡Qué fuerte el último está!

MERC. ¿No acabas, Teresa?

TERESA. Ya,
ya va saliendo: salió.
(Teresa levanta la tabla que cubre por detrás el lienzo y aparece otro lienzo por la espalda del primero, que representa una Venus saliendo del mar.)
¡Calla! que hay otra figura
aquí por detrás pintada.
ANTONIO. ¡Otra figura!
TERESA. Ahí es nada.
ANTONIO. ¡Á ver!
TERESA. ¡Bonita pintura!
ANTONIO. ¡Dios mio! (Fijándose en el nuevo lienzo.)
MERC. ¿Qué es lo que ves?
ANTONIO. Sí, la recuerdo, es aquella.
¡Oh! qué hermosa.
MERC. ¡Antonio!
ANTONIO. ¡Es ella!
¡la Venus del Veronés!
MERC. ¿Qué estás diciendo?
ANTONIO. Mercedes,
ya se acabó nuestro lloro;
este hoy es un tesoro
que la suerte nos concede.
MERC. No digas la suerte, dí
la Vírgen que está delante.
ANTONIO. Es verdad. Corre al instante (Á Teresa.)
y trae mis hijos aquí. (Entra Teresa.)
(Teresa se retira momentáneamente y sale de nuevo con Pepito y una Niña, si puede ser.)

ESCENA ÚLTIMA.

MERCEDES, ANTONIO, y poco despues TERESA, PEPITO y una Niña de seis años.

ANTONIO. Quiero abrazarlos.
MERC. Ten calma.
ANTONIO. Y dar á todos un beso:
¡ay! Mercedes, ¡ay! qué peso
se me ha quitado del alma. (Salen los niños.)
Ven, hijo, ven á abrazar

al padre que por tí llora.

PEPE. Ahora me quieres, ahora,
que me vuelves á besar.

(Antonio levanta á su hijo y lo besa con efusion, y Mercedes con el marco en la mano dice:)

MERC. «Si alguna vez te conviene
»venderlo, por suerte impía,
»conserva en memoria mia
»el marco que lo contiene.
Esto con sana conciencia
tu madre encargó á mi oido:
mira si nos ha valido,
Antonio, nuestra obediencia.

ANTONIO. Por ella á goces prolijos
vuelve mi alma afanosa;
por ella salvo á mí esposa,
por ella abrazo á mis hijos.

MERC. (Dirigiéndose al públieo.)
Cuando en el mar, la barquilla
del dolor al hombre lanza,
pierde el hombre la esperanza
en cuanto pierde la orilla.
Mucho la miseria humilla
y mucho el dolor abate,
pero el que fuerte combate
encuentra su puerto al cabo:
encuentra su último clavo,
la Vírgen de Monserrate.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería **EL TEATRO**.